

en el principio de su conversión á todas estas cosas presentes, si no persevera en esta primera disposicion, y si no renuncia cada dia á ellas. Hemos de decir hasta el último momento de nuestra vida con el Profeta: *Sabeis, Dios mío, que no he deseado el dia y la prosperidad de los hombres* (Jerem. 17); lo que hace decir á Jesucristo en el Evangelio: *Si alguien quiere venir despues de mí, que se renuncie á sí mismo, que lleve siempre su cruz y que me siga.* (Luc. 9).

« Por eso es sumamente importante para el que quiere adquirir la pureza del corazón el escoger lugares que no pueden tentarle á salir de su celda, por temor que el gran aire disipe todo el recogimiento de sus pensamientos, y desvíe la recta intención de su alma, y le haga perder de vista el fin que debe siempre proponerse. No se puede evitar esta desgracia, por más que uno atienda y vigile, sino encerrando alma y cuerpo dentro las murallas de una celda con el fin que cada religioso estando en este descanso celestial, pueda, á imitación de los Apóstolos, prepararse algo para proveer á sus necesidades, discernir sus pensamientos para guardar los buenos y rechazar los malos vigilando la guarda de su corazón.

De este modo se cumplirá lo que dice el profeta *Habacuc: Permaneceré firme sobre mis guardias, subiré sobre la piedra y haré centinela, con el fin de ver lo que hablará en mí, y lo que responderé al que me reprenda.* Es verdadero que eso es penible, lo que la experiencia hace sentir á algunos; pero los que no quieren resistir á sus inclinaciones corrompidas, se engañan de un modo extraño, si cuando la pereza y el desaliento los hacen guerra en sus celdas, creen mitigar sus males saliendo á la campiña. Esta indulgencia no les puede ser más cruel; y lo que miran como un remedio se les convierte en un mal peor.

Son semejantes á aquellos enfermos que creen con un vaso de agua fria apagar todo el ardor de la fiebre que les

devora, cuando este refresco pasajero enciende todavía más ese fuego interior, y ese placer momentáneo viene seguido de un dolor mucho mayor. »

« Un religioso debe poner todos sus pensamientos en Dios. Es necesario que imite al que quiere levantar y cerrar una bóveda: « Como este tiene siempre presentes en su espíritu la llave y el centro para arreglar sobre eso su obra y dar sus proporciones y sus formas; lo misma el alma del religioso debe mirar al amor de Dios como su único centro, y por este compás divino debe regular todos sus pensamientos y movimientos de su corazón. Sin eso levantará un edificio sin orden y sin solidez, que será indigno de que el Espíritu-Santo more en él; y en lugar de tener la gloria de cohabitar con huésped tan divino, será desgraciadamente sepultado bajo sus ruinas. » El abad Abraham probó á Casiano y á Jermán lo que acababa de decirles con algunos ejemplos y con la autoridad de S. Antonio y S. Macario. No los relataremos aquí por haberlo hecho al hablar de esos santos. Pero añade que la mayor parte de nuestros males espirituales provienen de que la parte razonable de nuestra alma está corrompida, cuya corrupción produce en ella los vicios de presunción y vanagloria, los cuales llegan á hacernos creer que ya hemos llegado á la perfección, ó que ya estamos bastante fortalecidos para enseñar á los otros; lo que nos sirve de pretexto para dejar la paz de nuestras celdas y disiparnos á fuera. Añade que los demonios siempre están examinando cual es la parte más débil de nuestra alma, con el fin de atacarnos por allí; que son como Baalam quien aprendió á sorprender al pueblo de Dios por su flaqueza; que sondan por que lado estamos más descuidados; y que su malignidad tendiendonos lazos excita en nuestra alma la pasiones de las cuales es más susceptible.

El abad Jermán le rogó que le dijera como se habían de

entender estas palabras de Jesucristo : *Mi yugo es dulce y mi carga ligera*; y él le contesto :

« La experiencia nos hará conocer muy bien la verdad de este oráculo, si entramos como conviene, y según las reglas del Salvador, en el camino de la perfeccion. Esta dulzura la experimentaremos mortificando nuestros deseos, suprimiendo nuestras voluntades corrompidas, renunciando no solo á los bienes del mundo sino hasta á nosotros mismos. Pues ¿ qué puede haber en eso de duro y penoso para aquel que recibe de corazón el yugo de Jesucristo, que está fundado en sólida humildad, y que considerando siempre los padecimientos del Salvador, se regocija en las afrentas que recibe á su imitación, quien como S. Pablo, se complace en las enfermedades, injurias, necesidades y persecuciones? (S. Pablo. 1 Ad Corint. 2) ¿ Qué privación podrá entristecer al que no mirando como suyo aquello que los otros pueden arrabatarle dice con el mismo Apóstol : *Nada hemos traído á este mundo y nada nos podremos llevar*? (1 Ad Tim. 6) ¿ Qué indigencia puede debilitar la fuerza de aquel que imita á los Apóstoles, y que, según lo escrito en el Evangelio, no lleva saco cuando está de viaje, no tiene dinero en una bolsa, ni dos hábitos para cambiárselos según el tiempo, pero que encuentra su alegría y su gloria, como el Apóstol, en ayunar mucho, en suportar el hambre y la sed, y en sufrir el frio y la desnudez? ¿ Qué orden, por más dura que sea, podrá perturbar la serenidad de un corazón que no teniendo voluntad propia obedece no solo con paciencia, sino que va delante de cuanto se le pueda mandar?

« Que si el yugo de Jesucristo no es dulce para nosotros, es porque no estamos sumisos á la voluntad de Dios; que en lugar de renunciarnos enteramente para seguir á Jesucristo, usamos de reservas, las cuales son como una cadena con la que el demonio nos pega y nos oprime por



oír estas palabras de Jesucristo : *Mi yugo es dulce y mi carga ligera* ; y él le contestó :

« La experiencia nos hará conocer muy bien la verdad de este oráculo, si entramos como conviene, y según las reglas del Salvador, en el camino de la perfección. Esta manera de experimentarnos mortificando nuestros deseos superabundante nuestras voluntades corrompidas, reduciéndonos no á las leyes del mundo sino hasta á las leyes mismas. Pero ¿ qué puede haber en eso de duro y pesado para aquel que recibe de corazón el yugo de Jesucristo, que con firmeza en sencilla humildad, y que considerando siempre los procedimientos del Salvador, se regocija en las aflicciones que trae á su imitación, quien como S. Pablo, se complazca en las enfermedades, injurias, necesidades y persecuciones? (S. Pablo. 1 Ad Corint. 2); Qué pena podrá entristecer al que no mirando como suyo aquello que los otros pueden arrabatarle dice con el mismo Apóstol : *Nada hemos traído á este mundo y nada nos podremos llevar* ? (1 Ad Tim. 6); Qué indigencia puede debilitar la fuerza de aquel que nota á los Apóstoles, y que, según lo escrito en el Evangelio, no lleva saco cuando está de viaje, ni lleva dinero en una bolsa, ni dos bálsos para cambiárselos según el tiempo, pero que encuentra su alegría y su gloria, como el Apóstol, en ayunar mucho, en soportar el hambre y la sed, y en sufrir el frío y la desnudez? ¿ Qué cosas, por más duras que sean, podrá perturbar la serenidad de un corazón que de teniendo voluntad propia obedecer resiste con paciencia, como que va delante de cuanto se le pueda mandar?

« Que si el yugo de Jesucristo no es dulce para nosotros, es porque no estamos sumisos á la voluntad de Dios, que en lugar de renunciarnos enteramente para seguir á Jesucristo, usamos de reservas, las cuales son como una cadena con la que el demonio nos pega y nos oprime por

Tomc II.



Gravé par M. Goussier.

Motius.

Motius.

Peup. Ch. Charbonnet.

algunas inquietudes todas seculares y siempre nuevas : así las satisfacciones que tomamos pasan á ser nuestros suplicios, porque los que las quieren jamás entran en una perfecta humildad de corazón y en la entera mortificación de sus malos deseos, que son las dos virtudes que nos hacen agradable el yugo de Jesucristo ; mientras que los que están desprovistos de ellas sólo encuentran puntas que les pican.

« El yugo del Señor nos parece amargo porque nos formamos esta amargura dentro de nosotros mismos. Es verdaderamente que nosotros por la dureza de nuestras deseos como por otras tantas piedras y quijarros, hacemos ásperos los senderos del Señor, que son tan rectos y tan agradables. Dejamos esta via real allanada con las huellas del Salvador y de sus santos, y buscamos rutas extraviadas llenas de escaramujos y espinas, donde nos ensangrentamos los pies y desgarramos el vestido nupcial que habíamos recibido de Jesucristo cuando estábamos consagrados á su servicio.

« En fin, si quereis comparar el olor tan dulce de la virginidad y esta flor tan brillante de la castidad con el cenegal de las pasiones impuras, esta tranquilidad escenta de cuidados, de la cual goza un solitario, con estos peligros é inquietudes por los cuales las gentes del mundo son desgarradas ; la paz que acompaña á nuestra pobreza con las molestias que producen las riquezas y que roen dia y noche á los que las poseen, fácilmente comprenderéis que el yugo de Jesucristo es muy agradable y su carga muy ligera. »